

El mar, de repente, quería comerse las casas, pero la orquesta siguió tocando. Parecía un antiguo litigio. Cantaba Pucho Boedo. Luis Terranova se montó en la lancha voladora. También él cantaba la misma canción. Contra el viento. Ráfagas que afectaban a la perspectiva, que arrancaban las caras y dejaban sólo las expresiones. Únicamente el palco de la música y la barquita voladora aguantaban el paisaje. Y el feriante de la atracción, que estaba retirando la locomotora de plomo, porque, ahora sí, todos los brazos estaban peleando con el mar, arrancándole las barcas de la boca al oleaje, el feriante se volvió hacia Luis y fue al grano: ¡Se ha acabado el viaje!

